

HISTORIA 396
ISSN 0719-0719
E-ISSN 0719-7969
VOL 12
N°1 - 2022
[101-130]

LOS ARRIEROS Y LA INDEPENDENCIA DEL CONO SUR: RUTAS TRASANDINAS, LOGÍSTICA Y SERVICIO SECRETO EN EL EJÉRCITO DE LOS ANDES*

THE MULETEERS AND THE INDEPENDENCE OF THE SOUTHERN CONE: TRANS-ANDEAN ROUTES, LOGISTICS AND SECRET SERVICE IN THE ARMY OF THE ANDES

Pablo Lacoste

Universidad de Santiago de Chile
pablo.lacoste@usach.cl

Cristian Guerrero Lira

Universidad de Chile
cguerrerolira@gmail.com

Resumen

Se propone una relectura de un punto específico del proceso de independencia del Cono Sur a partir de una mirada que reconoce particularmente en la campaña del Ejército de los Andes (1815-1818), el papel de los arrieros. Como hipótesis de trabajo se plantea que los detallados conocimientos que ellos tenían de los paisajes andinos, juntamente con las redes de información articuladas con pulperías y taberneros, jugó un papel relevante pues no solo facilitaron el tránsito de un ejército, sino que también la circulación de valiosos antecedentes respecto de las fuerzas enemigas, necesarios para la implementación de las operaciones militares. La hipótesis se confronta con los documentos de la época y se concluye que el aporte de estos sujetos fue sustancial para el éxito de la campaña libertadora en tres planos: diseño de las rutas, gestión de la campaña en terreno y articulación del servicio secreto de la guerra de zapa. A pesar de su destacada labor, los arrieros fueron rápidamente abandonados por las élites y posteriormente invisibilizados por la historiografía decimonónica chilena y argentina que destacó sólo la acción de los jefes militares.

Palabras clave: campañas sanmartinianas, Ejército de los Andes, redes de inteligencia, arrieros, transporte terrestre trasandino.

* Proyecto 031894LG Dirección de Investigación Científica y Tecnológica (DICYT) de la Vicerrectoría de Investigación. Desarrollo e Innovación (VRIDEI) de la Universidad de Santiago de Chile.

Abstract

A new reading of a specific point in the independence process of the Southern Cone is proposed from a perspective that recognizes the role of the muleteers, particularly in the campaign of the Army of the Andes (1815-1818). As a working hypothesis, considered that the detailed knowledge they had of the Andean landscapes, together with the information networks articulated with grocery stores and tavern keepers, played a relevant role since they not only facilitated the transit of an army but also the circulation of valuable antecedents regarding the enemy forces, necessary for the implementation of military operations. The hypothesis is confronted with the historical documents and sources. It is concluded that the contribution of these subjects was substantial for the success of the liberation campaign in three planes: design of the routes, management of the campaign in the field and articulation of the secret service of the undercover war. Despite their outstanding work, the muleteers were quickly abandoned by the elites and later made invisible by nineteenth-century Chilean and Argentine historiography, which only highlighted the action of the military leaders.

Keywords: San Martín campaigns, Army of the Andes, intelligence networks, muleteers, trans-Andean land transport.

INTRODUCCIÓN

El Ejército de los Andes, después de casi tres años de preparación en Mendoza, se puso en marcha rumbo a Chile el 19 de enero de 1817 comandado por José de San Martín. Contaba con apenas 4.300 tropas¹ y debía enfrentar a dos adversarios formidables. Por un lado, la inmensidad de la cordillera de los Andes, con cerros que arañan los 7.000 metros de altitud y pasos situados a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar y, por otro, al ejército realista que, abastecido y reforzado desde el virreinato del Perú, era muy superior en contingente y armamento. El proyecto parecía tan descabellado que el gobierno nacional mandó a último momento la orden de abortarlo, la que no fue acatada². El plan siguió adelante y alcanzó su primer objetivo: cruzó la cordillera y derrotó a los realistas en la batalla de Chacabuco (12 de febrero). Sin embargo, esta operación militar tenía un alcance más amplio que se extendía al Cono Sur de América, pues también era parte de un plan mayor que implicaba la expansión de la revolución a otras latitudes. Logrado el control del mar entre

1 Pudiendo usarse el vocablo *Tropa* para designar sólo a soldados y suboficiales y también a ellos y a la oficialidad (Almirante, 1869, 1107), aquí lo empleamos en este último sentido. También debemos advertir que en la cifra, se ha descontado a aquellas personas que formaban parte de los servicios auxiliares del ejército de los Andes.

2 Pueyrredón, Manuel A. *Memorias inéditas del coronel Manuel A. Pueyrredón*. Buenos Aires, Editorial Kraft, 1947, p. 149.

1817 y 1820, y preparada una nueva fuerza que fue capaz de sobreponerse a la derrota infringida por los realistas en Cancha Rayada alcanzando el triunfo en Maipú (5 de abril de 1818), se dio vida a la Expedición Libertadora del Perú, la que se proyectó hacia Lima, al mando del mismo San Martín, y se transformó en una amenaza real al poderío monarquista, logrando la independencia de parte importante del Perú en 1821.

Siguiendo las formas tradicionales imperantes en la época, el Ejército de los Andes se había organizado en torno a una fuerte diferenciación funcional, y también social, entre la oficialidad y los soldados que formaban parte de él. Algunos años después sus acciones fueron narradas por historiadores que, formando parte de las elites y siendo también actores esenciales en los procesos de construcción de las identidades de las nacientes sociedades republicanas, elaboraron narraciones de aquellos sucesos históricos en las que debido a la necesidad social de nuevos paradigmas se destacaba fundamentalmente el papel de los actores militares y políticos vinculados a ese mismo grupo social³. Por ello no es extraño que la mayor parte de sus fuentes de información hayan sido, precisamente, las generadas por los jefes y oficiales que dejaron constancia de su visión de los hechos tanto en documentos formales -partes de batalla, órdenes internas, oficios y otros-, como también en piezas epistolares privadas, y luego en sus memorias o relatos autobiográficos⁴, los que también fueron usados por los historiadores posteriores⁵. Así es dable afirmar que se generó una visión incompleta que al mismo tiempo en que tendía a destacar el papel de las élites y a legitimar las instituciones de orden, entre ellas las fuerzas militares, por otra subestimaba los aportes de otros grupos sociales considerados “oscuros” y de menor relevancia.

Las fiestas cívicas se encargaron de reproducir, año tras año, la interpretación elitista de la Independencia. Las celebraciones del 25 de mayo en Argentina y del 18 de setiembre en Chile fueron los escenarios propicios para reiterar aquellas versiones de la historia en las que las élites se presentaban como fundadores de los países, generándose así una tradición que apuntaba a asegurar la continui-

- 3 Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación Sudamericana*. Buenos Aires, Peuser, 1950; Barros Arana, Diego. *Historia General de Chile*. Tomos X y XI. Santiago, Rafael Jover Editor, 1889 y 1890.
- 4 Miller, John. *Memorias del general Guillermo Miller*. Buenos Aires, Editorial Emecé, 1997; Olazábal, Manuel. *Episodios de la guerra de la independencia*. Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1978; Pueyrredón, Manuel A. *Memorias inéditas del coronel*; Espejo, Jerónimo. *El paso de los Andes*. Buenos Aires, Imprenta y librería Mayo, 1882.
- 5 Otero, José Pacífico. *Historia del libertador don José de San Martín*. Buenos Aires, Editorial Sopena, 1949; Rojas, Ricardo. *El santo de la espada*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1949; Ornstein, Leopoldo. “La guerra terrestre y la acción continental de la revolución argentina. San Martín y la independencia de Chile. Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú”. Levene, Ricardo (dir). *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, El Ateneo, 1948, pp. 25-136.

dad del nuevo orden⁶. Los rituales de las fiestas mayas y dieciocheras, con énfasis en los jefes militares, contribuían al proceso de “invención de la tradición”⁷.

En los últimos años, aquellas versiones historiográficas han empezado a ser cuestionadas y diversos estudios han demostrado lo que teóricamente era previsible, es decir, que la participación popular en la conformación de los ejércitos de la independencia, en ambos bandos, obedeció más a la obligatoriedad compulsiva de prestar servicios que a la voluntariedad de los individuos. Hay que recordar que en toda época y en circunstancias de conflicto, la conformación de fuerzas militares normalmente ha tenido esa característica.

Los actores sociales subalternos de la época de la independencia paulatinamente han ido apareciendo en los estudios y empiezan a ser conocidos. Así ha ocurrido, por ejemplo, con los soldados muertos en el campo de Chacabuco, cuyos nombres han sido ignorados por la historiografía, a pesar de conocerse desde 1817⁸. Se ha empezado a abordar diversas temáticas tales como su adhesión a proyectos políticos específicos⁹, el fenómeno de desertión desde cuerpos militares revolucionarios y realistas¹⁰ y, notoriamente se han desarrollado varios estudios respecto de la participación de africanos y afrodescendientes¹¹.

-
- 6 Bourdieu, Pierre. “Los ritos como actos de institución”. Pitt-Rivers, Julian y Peristiany, John Georges (eds.), *Honor y gracia*. Madrid, Alianza, 1993.
- 7 Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.). *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2002.
- 8 Así ocurre con Timoteo Páez, Ramón García, Ramón Palma, José Samayuga, Cecilio Gómez, José María Rodríguez, Andrés Lanza, Vicente Frías, Rudecindo Espech, Tomás Díaz, Bernardino Peña, José María Enríquez y Pedro Juan Vargas, de quienes en los partes oficiales se consigna su defunción y el nombre de sus esposas o madres residentes en San Luis, Mendoza, Catamarca, Tucumán, Buenos Aires o Santiago. También se destacan los casos de afrodescendientes como José Agustín, Antonio Gamas, Francisco Agüero, Jacinto Chagaray, todos naturales del Congo, y Pablo González, de Guinea. Zapiola, José. *Relación de los individuos que fallecieron en la campaña, con expresión dónde residen sus padres y mujeres*, Santiago, 24 de abril de 1817. Archivo Nacional (Chile). *Archivo de don Bernardo O’Higgins*. Tomo VII, pp. 153-154.
- 9 Pinto Vallejos, Julio y Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*. Santiago, Lom Ediciones, 2009; Grez Toso, Sergio. “Bicentenario en Chile. La celebración de una laboriosa construcción política”. *Historia y Comunicación Social*, N°16, 2011, pp. 69-86.
- 10 Valdés Urrutia, Mario. “La desertión en el ejército patriota durante la guerra de Independencia de Chile: 1813-1818. Notas para su comprensión”. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 164, 1998, pp. 103-126; León, Leonardo. “Reclutas forzados y desertores de la Patria: el bajo pueblo chileno en la Guerra de la Independencia, 1810-1814”. *Historia*, N° 35, 2002, pp. 31-63.
- 11 Bragoni, Beatriz. “Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución”. Fradkin, Raúl (ed.). *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008; Mallo, Silvia y Telesca, Ignacio (eds.). *Negros de la patria. Los afrodescendientes en las luchas por la independencia en el antiguo virreinato del Río de la Plata*. Buenos Aires, Editorial SB, 2010; Contreras Cruces, Hugo. “Artesanos mulatos y soldados beneméritos. El Batallón de Infantes de la Patria en la Guerra de la Independencia de Chile, 1795-1820”. *Historia*, Vol. 44, N° 1, 2011, pp. 51-89; Contreras Cruces, Hugo. “Con promesas de libertad. El enrolamiento de esclavos en la guerra de independencia del Perú, 1820-1825”. *Estudios Atacameños*, N° 63, 2019, pp. 131-146; Guzmán, Florencia. “Afroargentinos, guerra y política, durante las primeras décadas del siglo XIX. Una aproximación hacia una historia social de la revolución”. *Estudios Históricos*, N° 11, 2013, pp. 1-24.

En lo que respecta a nuestro tema general, un buen ejemplo de esta tendencia lo representa un novedoso estudio sobre el parlamento de San Carlos, celebrado entre San Martín y los pehuenches en 1816. Con un enfoque innovador, este hito histórico ha sido examinado desde la perspectiva de los pueblos indígenas por Martín Vilariño¹² quien, a partir de nuevas fuentes, muchas de ellas fragmentarias e indirectas, ha cuestionado las versiones tradicionales que reducían los acontecimientos a la acción y visión de los jefes militares, para demostrar que paralelamente existían otros intereses en juego, otros enfoques y sobre todo, otros actores.

Siguiendo esta nueva corriente, el presente artículo se propone indagar críticamente en un aspecto específico de la campaña del Ejército de los Andes cómo es identificar y relevar el papel que en ella cupo a los arrieros. Como hipótesis de trabajo se sostiene que, antes de la llegada de San Martín a Mendoza (agosto de 1814), el arriero era un sujeto histórico que poseía conocimientos del terreno y redes de inteligencia de alcance regional que potencialmente podían resultar funcionales a los objetivos de los independentistas y que, al diseñar y ejecutar sus planes, el ejército se nutrió de estos aportes a un nivel que hasta ahora no se había detectado.

El valor que se asigna a la visión propuesta estriba fundamentalmente en la introducción de un punto de vista que en el estudio de esta campaña militar específica -que resultó vital para la consolidación de la independencia de Argentina y el logro de la de Chile y posteriormente la de parte significativa del Perú-, no ha sido abordado, tal como lo es la participación en ella de actores subalternos civiles no reclutados ni incluidos formalmente en las filas militares. En este aspecto debe recordarse que un ejército no solo se componía de aquellos hombres que se batían en el campo de batalla, la parte más visible del conjunto, sino que también incluía un sinnúmero de personas dedicadas a labores logísticas, de abastecimiento y servicios tales como carpinteros, herreros, cirujanos, talabarteros, y otros de categoría distinta como contadores, auditores, etc.

El tipo de análisis que se propone, en el que se entrecruzan aspectos específicamente militares con antecedentes provenientes del mundo civil anterior al estallido de la guerra de independencia (registros de aduanas, tráfico comercial, redes de articulación de información, etc.), bien podría ser aplicado al análisis de otras campañas ampliando el campo de las consideraciones de los estudios de la guerra más allá de lo netamente operacional, estratégico, logís-

12 Vilariño, Martín. "Reactualizando alianzas al pie de la Cordillera de los Andes: el parlamento de 1816 entre pehuenches y patriotas". *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, N° 28 (1), 2020, pp. 74-91.

tico y táctico, que han sido los aspectos abordados por excelencia, incluyéndose otras consideraciones puntuales y locales como por ejemplo el problema de comunicación que se daba en las agrupaciones militares en el Alto Perú, donde normalmente se usaban idiomas socialmente diferenciados (español entre los oficiales, quechua o aymará entre los soldados). También podrían ampliarse al estudio de las relaciones establecidas entre las economías locales y las fuerzas militares en aquellos puntos en que las tropas se acuartelaban por lapsos significativos.

DISCUSIÓN Y PROBLEMAS

Cruzar los Andes con un ejército en guerra implicaba un problema complejo que todavía no se ha explicado con suficiente profundidad, sobre todo por la inconsistencia entre los sofisticados conocimientos requeridos para el diseño y ejecución del plan y la ignorancia que San Martín tenía respecto del territorio, su gente y sus paisajes. Basta con señalar que recién en marzo de 1812 había regresado a su país natal, es decir apenas dos años antes de poner en marcha el proyecto. Había vivido casi tres décadas en Europa y casi nada recordaba de su infancia (1778-1783) antes de trasladarse a España con su familia. Naturalmente, tras dos años de permanencia en su país nativo apenas habría alcanzado a adquirir algunas nociones generales. Por tal motivo, en 1814 “desconocía por completo las características geográficas y topográficas del mismo, así como sus problemas militares y recursos”¹³. El mismo San Martín lo confesó: “No conozco los hombres ni el país. Yo sé mejor que nadie lo poco o nada que puedo hacer. Ríase usted de esperanzas alegres”, escribió a Nicolás Rodríguez Peña el 22 de abril de 1814¹⁴.

El ejercicio de su profesión militar en Europa no era del todo suficiente para los nuevos desafíos. En el marco de la Guerra del Rosellón (1793-1795), y bajo el mando del general Ricardos en la campaña de los Pirineos, el entonces cadete San Martín había vivido una experiencia enriquecedora en operaciones de montaña. Sin embargo, el escenario andino sudamericano era totalmente distinto pues el cruce del macizo hacia Chile exigía atravesar tres cordones subiendo y bajando cuevas de dimensiones muy superiores a las europeas. Adicionalmente se presentaban otros problemas derivados de la altitud. En la alta montaña pueden producirse serios problemas fisiológicos por la falta de

13 Ornstein, “La guerra terrestre y la acción continental”, p. 25.

14 Espejo, *El paso de los Andes*, p. 121.

oxígeno, situación que afecta la capacidad física humana a partir de los 2.500 metros de altitud, alcanzándose niveles peligrosos al acercarse a los 4.000. A ello se suma el carácter desértico de la montaña, carente de pasturas para alimentar a los animales y de leña para encender fogatas y calentar a las tropas. En estas condiciones, las bajas temperaturas (-6° C) causaban estragos. De hecho, cerca de 300 soldados fallecieron de frío y soroche, junto a la mitad de las mulas y caballos al efectuarse el cruce en 1817.

Si la resolución de los problemas logísticos que planteaba una campaña como esta era algo complejo y si como el mismo general San Martín lo reconociera, él carecía de los conocimientos necesarios respecto de “los hombres y el país”, ¿de dónde los obtuvo? ¿Cómo hizo ese ejército para remover los obstáculos que representaba el cruce de los Andes? ¿Cómo logró su comandante identificar las mejores rutas para cruzar la cordillera, y la cantidad y calidad del equipamiento adecuado para ello? Normalmente, la historiografía resuelve estos cuestionamientos recurriendo a la “genialidad” de San Martín, quien es presentado como un hábil organizador capaz de encontrar por sí mismo solución a todos los problemas. Sin discutir sus condiciones profesionales, altamente estimadas en aquellos años, hay que señalar que, precisamente, una muestra de su habilidad era saber ubicar, coordinar y utilizar los recursos disponibles, tanto físicos y económicos como también los humanos, considerando a estos últimos más allá de la mera sumatoria de soldados a poner en pie de guerra en el campo de batalla, sino que incluyendo los saberes específicos adquiridos por terceras personas en el desarrollo de un oficio determinado, tal como ocurrió con los arrieros y troperos andinos.

Junto con esas preguntas, surgen otras relativas a los fundamentos, objetivos e implementación de la guerra de zapa, es decir aquellas acciones mediante las cuales los espías del ejército lograron confundir a sus adversarios e influir en la distribución defensiva de las fuerzas realistas y virtualmente ganar la batalla de Chacabuco antes del primer disparo¹⁵. En efecto, San Martín y O’Higgins presentaron batalla con 4.000 soldados y 9 cañones, lo cual representaba casi la totalidad de sus fuerzas; los realistas, en cambio, solo pusieron en combate a 1.400 efectivos y 5 piezas de artillería, es decir menos de un tercio de su ejército puesto que la mayor parte de sus tropas se encontraba entonces dispersa de Santiago al sur, sobre todo en Concepción, Maule y Colchagua¹⁶.

15 Miller, *Memorias del general*, p. 146.

16 Espejo, *El paso de los Andes*, p. 531.

La literatura especializada presenta la labor de los espías como una invención genial de San Martín, creada desde la nada, como una suerte de *deus ex machina* del teatro griego. Al abordar el funcionamiento de las redes de espionaje y contra espionaje, la historiografía destaca la labor de miembros de la élite, como el abogado chileno Manuel Rodríguez y el cuyano Pedro Vargas, afirmándose simultáneamente que el resto de este servicio secreto estuvo formado por personas sin mayor significado ni trascendencia, tal como lo señaló Barros Arana al decir que “San Martín había empleado algunos hombres de posición oscura, arrieros o soldados”¹⁷.

Ese relato, que sugiere que la red de espionaje surgió por generación espontánea, sin contar con una estructura subyacente en la cual apoyarse, resulta dudoso debido al alto nivel de eficacia que alcanzó en sus operaciones. Parece poco probable que, en tan poco tiempo, se hubiese podido montar un sistema tan bien articulado y que operaba a lo largo de miles de kilómetros, abarcando a varias ciudades, villas y pueblos a ambos lados de la cordillera de los Andes. Más que pensar en la espontaneidad de su implementación, parece más verosímil sostener la posibilidad de la reconversión con fines militares de una preexistente red de información relativa a caminos, tráfico y otros aspectos civiles.

El cuarto tema pendiente es conocer la situación de los arrieros después de la batalla de Chacabuco. La historiografía no se ha interesado hasta ahora en indagar qué decisiones se tomaron respecto de ellos, una vez derrotadas casi definitivamente las fuerzas realistas en 1818. ¿Qué sucedió con ese grupo tan diligente? ¿Cuál fue su destino? ¿En qué medida recibieron reconocimientos acordes con sus aportes al éxito de la campaña?

MATERIALES Y MÉTODOS

Como hipótesis de trabajo, se propone considerar a la red de comunicaciones e inteligencia generada por los arrieros y otros actores subalternos (troperos, pulperas y taberneros) en los siglos previos a las guerras de independencia, como una entidad subyacente en la cual se insertó el proyecto emancipador. El análisis de esa articulación permitirá enriquecer la lectura de las fuentes y obtener una comprensión más rica y precisa del proceso independentista en la

17 Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*. Tomo X, p. 330. Otras opiniones similares en Espejo, Jerónimo. *El paso de los Andes*; Otero, José Pacífico. *Historia del libertador*; Rojas, *El santo de la espada*; Ornstein, “La guerra terrestre y la acción continental”.

que se incorpora a estos actores subalternos que hasta el momento solo han sido considerados como tales, es decir dependientes y subordinados a otros principales, a los que solamente se unían por una consideración accidental de su función y no como elementos fundamentales en la implementación de las operaciones militares en cuestión. En otras palabras, en la implementación práctica del cruce de los Andes el rol más destacado fue el desarrollado por estos arrieros y no por los militares.

Para comprobar aquello se ha procedido a realizar una relectura de la literatura especializada y de los documentos de la época. Se han compulsado los *Documentos del Archivo de San Martín*, particularmente el volumen dedicado a la correspondencia con los espías. Los nombres de éstos se han escudriñado en otras fuentes para conocer su extracción social y profesional. Con ese fin se han examinado las listas de arrieros de la localidad de Los Andes durante el periodo 1785-1824¹⁸ y los Libros de Cargo y Data de Mendoza¹⁹ en los que se inscribían los asientos de entrada y salida de los arrieros y troperos que servían las rutas comerciales de la provincia de Cuyo, consignándose un antecedente vital para esta investigación, su identificación. También se han tomado como fuente las memorias y testimonios de los cronistas de la época y protagonistas de la campaña²⁰. La información documental ha permitido realizar una relectura crítica de las obras historiográficas clásicas²¹ y de los estudios con enfoque militar²². Sobre la base de estos textos y documentos se ha develado un aspecto hasta ahora no explicitado de la campaña, en el cual se visibiliza y reconoce el papel que cupo a los arrieros.

Desde el punto de vista conceptual, el tratamiento de los documentos se enriquece a partir de los nuevos enfoques sobre el papel de los actores subalternos propuesto por Carlos Mayo y sus colaboradores²³, quienes evidenciaron que las pulperías tenían múltiples funciones. Si bien la primera y más visible de ellas era la distribución y venta de alimentos, bebidas y productos de consumo diario, también se relevó que funcionaron como espacios de sociabilidad,

18 Cubillos, Adela. *Comercio y sociedad en los orígenes de la Villa Santa Rosa de Los Andes. 1785-1824*. Los Andes, Junta de Adelanto de Los Andes, 1992.

19 Archivo Histórico de Mendoza. Época Colonial. Sección Hacienda. Libros de Cargo y Data correspondientes a 1780, 1782, 1783, 1788, 1789, 1793, 1794, 1796, 1797, 1799 y 1800. Los libros de los restantes años no se conservan.

20 Miller, *Memorias del general*; Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*; Espejo, *El paso de los Andes*.

21 Mitre, *Historia de San Martín*; Barros Arana, *Historia general de Chile*. Tomos X y XI; Ornstein, "La guerra terrestre y la acción continental".

22 Otero, *Historia del libertador*; Gentiluomo, Federico. *San Martín y la provincia de Cuyo. Precursores de la nación en armas*. Tucumán, Editorial La Raza, 1950.

23 Mayo, Carlos. *Pulperos y pulperías en Buenos Aires, 1740-1830*. Buenos Aires, Biblos, 2000.

en ámbitos urbanos y rurales, añadiéndose una tercera que resulta clave para el presente estudio: promover la circulación de noticias de todo tipo. Mayo detectó que estos establecimientos eran nodos de redes de información de larga distancia, que permitían a los vecinos de las colonias españolas de América acceder a las novedades por un canal alternativo al oficial, establecido por los pregones del rey y los sermones de la misa dominical. En una sociedad donde más del 95% de la población era analfabeta, las noticias corrían más en forma oral, a través de las pulperías, que mediante la prensa.

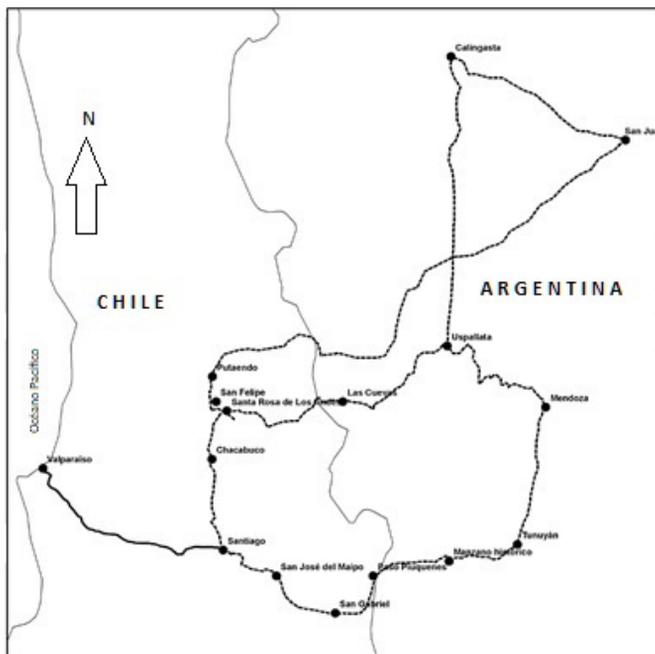
Siendo las pulperías los nodos de conexión local de las informaciones, el servicio de comunicación de novedades a larga distancia estaba a cargo de actores subalternos como arrieros y troperos. Los troperos de carretas llevaban y traían las noticias por las rutas carreteras, tanto en la carrera del Norte (Buenos Aires-Salta) como en la carrera de Cuyo (Buenos Aires-Mendoza). Por su parte, los arrieros eran los encargados de cumplir esas funciones en las llamadas "rutas de herradura", particularmente en las zonas cordilleranas, donde los accidentes del terreno sólo permitían el transporte de carga en mulas (Imagen N°1 e Imagen N°2).

Imagen N° 1. Rutas comerciales rioplatenses.



Elaboración Propia (Cartógrafa: Bibiana Rendón)

Imagen N°2. Caminos Mendoza-Santiago-Valparaíso.



Elaboración Propia (Cartógrafa: Bibiana Rendón)

En el marco de una sociedad preindustrial, anterior a la expansión de los ferrocarriles, en la categoría de “viajeros” se incluía a una parte muy pequeña de la población. La mayoría de las personas permanecía en un mismo lugar durante casi toda su vida. Los viajes eran peligrosos, incómodos y muy costosos. Por eso estaban reservados para los profesionales, principalmente arrieros y troperos. Conscientes de esta situación, ellos cumplían diversas funciones más allá del transporte y el comercio: eran los ojos, oídos y voz de sus pueblos²⁴. En sus viajes, observaban los paisajes con atención para detectar detalles de interés; al llegar a algún poblado y reunirse en pulperías y tabernas, escuchaban atentamente comentarios y noticias y también difundían las novedades de sus lugares de origen.

En definitiva, eran los vectores que conectaban los nodos formados por tabernas y pulperías que detectó Carlos Mayo. Entre ellos formaron una extensa red de inteligencia que se extendió desde el Perú hasta la Patagonia, entre el Atlán-

24 Lacoste, Pablo. “El arriero trasandino y el transporte terrestre en el Cono Sur (Mendoza, 1780-1800)”. *Revista de Indias*, Vol. 68, N° 244, 2008, pp. 35-68.

tico y el Pacífico. En vísperas de la independencia, los conocimientos e informaciones que circulaban por las redes de arrieros y pulperos cumplían funciones sociales, culturales y económicas. Ello permitía a los comerciantes ajustar los precios y a los productores remitir bienes a mercados de mayor demanda. También facilitó la difusión de innovaciones tecnológicas, sobre todo en la industria vitivinícola, como los lagares de cuero, creados en 1740 y rápidamente adoptados en el Cono Sur gracias al servicio informativo de los arrieros²⁵. Algo parecido sucedía con los molinos hidráulicos y las noticias de eventuales roturas y demanda de piedras labradas o servicios especializados de herreros y carpinteros para el mantenimiento de la infraestructura y equipamiento.

Dentro de las redes de transporte a larga distancia, un lugar destacado le cupo a las terminales de carga. Estas funcionaban como polos de condensación por la convergencia de los principales vectores de la red general de información. Allí llegaban los transportistas de larga y media distancia, junto a los comerciantes locales y a los agentes encargados de pulperías y tabernas. Espacios de encuentro social por excelencia, fueron centros bullentes de circulación de información relevante para los actores de la época. Una de las más dinámicas estaba en Mendoza, donde coincidían los troperos de la ruta a Buenos Aires con los arrieros norteños que llegaban de Tucumán y Potosí, y también sus pares trasandinos que venían de Chile, territorio con el que el comercio, y en consecuencia el tránsito cordillerano, se había incrementado notoriamente a partir de 1809²⁶. Este polo de condensación se encontraba en la llamada “Media Luna”, unas cuadras al oriente de la plaza de armas de Mendoza. Justamente ese fue el lugar donde se asentó San Martín para formar el Ejército de los Andes en agosto de 1814. La consideración de estos antecedentes contribuye a aportar nuevos criterios para visitar los documentos de la época.

RESULTADOS

La compulsión de documentos y textos ha permitido confrontar las hipótesis, obteniéndose un resultado positivo. La evidencia permite sostener que los arrieros tuvieron papeles relevantes tanto en el diseño como en la ejecución exitosa de la campaña libertadora del Ejército de los Andes, lo que no fue reconocido por sus jefes después de la victoria. Los nuevos descubrimientos se pueden

25 Lacoste, Pablo; Aranda, Marcela; Matamala, Jorge; Premat, Estela; Quinteros, Katherine; Soto, Natalia; Gaete, Jocelyn; Rivas, Javier y Solar, Mario. “Pisada de la uva y lagar tradicional en Chile y Argentina (1550-1850)” *Atenea*, Vol. 502, 2011, pp. 39-81.

26 Guerrero Lira, Cristián. *La contrarrevolución de la independencia en Chile*. Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002, p. 52.

descomponer en cuatro planos principales.

Los arrieros y el plan del cruce de los Andes: rutas y mapas

En vísperas de la independencia, los mapas y croquis para representar los caminos trasandinos eran muy limitados y escasos. Había registros de la ruta principal que enlazaba Santiago y Mendoza por Uspallata y Santa Rosa de Los Andes y existían algunos mapas que representaban este camino, como el elaborado en 1754 y que incorpora algunas localidades como Mendoza, Cerrillos, Pajaritos, Villavicencio, Valle del Aconcagua, Chacabuco y Calera (Imagen N°3).

Imagen N° 3. Camino de Mendoza a Santiago (1754).



Fuente: Escritura de censo, Mendoza, 17 de agosto de 1755.

AHM, Época Colonial, carpeta 277, documento N°15.

Estas “cartas” se confeccionaban a mano alzada y eran meramente referenciales. Se trataba de un trabajo artesanal, improvisado y que solo era un medio de apoyo. Por ello, a partir de 1814 fue indispensable complementarlas con información proveniente de otras fuentes que, por lo general, era aportada por los idóneos que debido a su experiencia práctica conocían detalladamente los caminos cordilleranos, es decir, los arrieros.

Por el lapso de casi doscientos cincuenta años, con sus mulas el arriero había ofrecido un servicio regular de transporte terrestre trasandino. En vísperas de la independencia, el tránsito medio anual por los pasos entre Mendoza y Chile superaba las 10.000 mulas de carga, considerando solo las que se registraban

oficialmente en la aduana²⁷. A ello se debe añadir el flujo desde las provincias de San Juan, Catamarca y La Rioja por los pasos cordilleranos de San Francisco, Agua Negra, Guana y los Patos, para llegar a Huasco, La Serena, Barraza y Putaendo respectivamente. En este constante ir y venir entre ambas vertientes cordilleranas, los arrieros desarrollaron conocimientos avanzados de esas rutas y sus innumerables variables.

Cuando los miembros de las élites debían realizar viajes de larga distancia, los usos y costumbres de la época incluían a los arrieros como guías y apoyos para el camino. Existía consenso en torno a la pericia que estos sujetos tenían respecto de las rutas en uso en aquella época y era habitual que se solicitaran sus servicios, aunque se mantenía cierto desprecio por su compañía y su forma artesanal de adquirir y administrar los conocimientos. La práctica era “marchar, como siempre sucede, a lo hotentote, sin tener el menor conocimiento del país que se pisa, sino por la relación de gauchos”²⁸. La expresión *hotentote*, palabra de origen neerlandés que hace referencia a los naturales del cabo de Buena Esperanza, se asimilaba a *bárbaro* y representaba las categorías mentales de los oficiales del ejército de la época para referirse a los actores subalternos.

La cartografía utilizada en la expedición se elaboró a partir de la información aportada por los arrieros. “San Martín había levantado mapas de la cordillera; había aprendido de los arrieros y baquianos los menores accidentes del terreno”²⁹. Los antecedentes geográficos proporcionados por los arrieros fueron el fundamento usado por los ingenieros militares para trazar los bocetos preliminares de las rutas, que luego se ajustaron con observaciones de detalle en terreno. Uno de los miembros del grupo encargado de esta tarea, el oficial Jerónimo Espejo, escribió su testimonio de esta experiencia:

“El General mandó en comisión al cuerpo de ingenieros a verificar un reconocimiento gráfico de los caminos de cordillera hasta la cumbre. Por esta operación se rectificaron con el cronómetro las distancias entre uno y otro paraje, de esos que sirven de pascana a los traficantes y arrieros, levantando croquis topográficos en que se demarcaban con toda minuciosidad los manantiales, ríos, arroyos y demás accidentes del terreno. El objeto era reconocer y delinear los cuatro principales caminos -Pulido, Los Patos, Uspallata y el Por-

27 Lacoste, “El arriero trasandino y el transporte terrestre”.

28 Espejo, *El paso de los Andes*, p. 376.

29 Rojas, *El Santo de la Espada*, p. 164.

tillo- con sus quebradas y valles adyacentes que se arreglaron con prolijidad en un plano general de esa zona tan luego regresamos a la ciudad”³⁰.

Si bien en vísperas de la campaña el trabajo resultante fue afinado con los nuevos bocetos que aportó Álvarez Condarco tras su audaz viaje a Santiago para entrevistarse con el gobernador Marcó del Pont en diciembre de 1816, la cartografía oficial fue elaborada sobre la base de la información suministrada por los arrieros.

Los arrieros y la gestión del cruce junto a los soldados

La literatura tradicional sobre el cruce de los Andes ha descrito la participación de los arrieros como el actuar de una masa anónima que ocasionalmente ingresaba en el escenario para resolver algún problema y luego volvía a las sombras, operando cual fantasma capaz de aparecer y desaparecer en forma mágica, sin mayores explicaciones ni existencia real.

Estos arrieros, en realidad, constituían una de las agrupaciones más importantes de la expedición y, aunque se hallaban dispersamente insertos en ella, fueron la mayor parte del cuerpo que en los libros figura como “los 1.200 milicianos” que sirvieron como prestadores de servicios para los 4.200 soldados del Ejército de los Andes. Dentro de ese conjunto se incluía también otros grupos integrados por artesanos tales como herreros, carpinteros, talabarteros, cocineros y demás idóneos encargados de resolver los problemas prácticos de la marcha y los relativos al aprovisionamiento de víveres, como aquellos que condujeron ganado al depósito cordillerano de Manantiales en la ruta de Los Patos.

A pesar de no ser parte formal del ejército, los arrieros estuvieron sometidos a la férrea disciplina militar y estaban equipados para entrar en combate: “Los arrieros iban organizados por compañías y armados de tercerolas y sable, bajo la dirección de un jefe a que obedecían los capataces y demás empleados”³¹. En la Orden del Día, procedimiento administrativo que se efectuaba diariamente para controlar y adoctrinar en materias específicas a las fuerzas militares, los arrieros estaban plenamente incorporados. También se les incluía expresamente en los reportes. Por ejemplo, al dar cuenta sobre la “Fuerza que se compone esta división de mi mando” el general Bernardo O’Higgins informaba

30 Espejo, *El paso de los Andes*, p. 376.

31 Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*, p. 139.

que a su autoridad directa marchaban 844 efectivos de los batallones 7 y 8 y 111 troperos de arrias, 16 de ellos capataces y 95 mozos³². Dada la importancia estratégica de los arrieros dentro del Ejército, se establecieron severas normas disciplinarias para ellos. Una orden de San Martín establecía: “queda absolutamente prohibido a los capataces, peones, arrieros y demás que marchan con el ejército, el regresar a los pueblos de la provincia sin expresa licencia”³³. A través de estas resoluciones, la jefatura estrechaba la vigilancia sobre ellos para asegurar la continuidad de sus servicios. Cabe destacar que medidas similares e igualmente duras se adoptaban respecto de los soldados de la tropa.

El servicio más visible de los arrieros durante la marcha fue como baqueanos y guías para encontrar los senderos más adecuados para recorrer los caminos de cornisa, entre las rocas, el hielo y las nieves eternas. Los mapas diseñados por los ingenieros solo marcaban una ruta general, pero no incluían detalles para encontrar el lugar preciso por donde circular de modo seguro entre los abismos de la cordillera. Esta tarea se realizó dentro de lo previsto y los arrieros demostraron su detallado conocimiento de los caminos andinos. Las crónicas de la época han resaltado estas acciones. El testimonio del coronel Pueyrredón destaca que, como la columna del paso de los Patos era la más importante, “el General había dado a ésta los mejores baqueanos: Justo Estay y su compañero de comisiones a Chile, José Antonio Cruz”³⁴.

¿Quién era Justo Estay? ¿A qué se dedicaba? ¿Cuál era su extracción profesional? Pueyrredón no lo aclara. Pero las tablas de arrieros³⁵ y los manuales de Cargo y Data sí lo hacen. Los Estay eran una de las más destacadas familias de arrieros que servían regularmente la ruta trasandina y así quedó documentado en los registros de aduana que dan cuenta de los recurrentes viajes de Justo, Francisco y Narciso Estay entre Chile y Mendoza en los años anteriores a la independencia.

Durante el cruce de los Andes, el más importante aporte de los arrieros estuvo en el manejo de las mulas porque, contrariamente a la imaginación pictórica epopéyica, las 4.200 tropas, tanto los infantes como la caballería, cruzaron la cordillera a lomo de mula. Esta fue una decisión del general en jefe para evitar el desgaste de hombres y caballos pues éstos y aquellos debían preservar-

32 Informe de Bernardo O’Higgins, Campamento de la Orqueta de Leyva, 5 de febrero de 1817. *Documentos del Archivo de San Martín*, Tomo III, p. 292.

33 Orden de San Martín al comandante de la columna de Los Patos, 4 de febrero de 1817. *Documentos del Archivo de San Martín*, Tomo III, p. 244.

34 Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*, p. 145.

35 Cubillos, *Comercio y sociedad en los orígenes de la Villa*, p. 113.

se para las batallas, no quedando más alternativa que utilizar las mulas para transportar a los soldados durante el viaje. Por este motivo se llevaron 1.922 mulas de carga, 8.459 mulas de silla y 1.600 caballos³⁶.

La gestión de 10.000 mulas fue una de las tareas fundamentales de los arrieros. Si bien los soldados podían alimentar a los animales asignados, desconocían las técnicas para su manejo en alta montaña. No tenían los conocimientos para conducirlos en los caminos de cornisa, entre rocas, hielo y nieve. Tampoco eran capaces de detectar los síntomas del soroche y resolverlos. Además, carecían del dominio técnico para atenuar el desgaste que sufrían las mulas tras largas jornadas de marcha sobre rocas. Uno de los problemas más complejos era el herraje: el desgaste sobre las piedras generaba la necesidad de recambio de herraduras para proteger patas y manos de los animales. San Martín prestó especial interés al tema:

“El asunto que más le preocupó fueron las herraduras de las bestias. Para resolver el punto celebró conferencias con albéitares, herreros y arrieros y después de escucharlos atentamente, adopto un modelo de herradura que envió al gobierno, encargando a un oficial la llevarse colgada al pecho como si fuese de oro y la presentara al Ministerio de Guerra. ‘Hoy he tenido -decía oficialmente- una sesión circunstanciada con tres individuos de los más concedores en materia de cabalgaduras para el tráfico de la cordillera y unánimes convienen en que es imposible de todo punto marchar sin bestias herradas por cualquier camino que se tome so pena de quedar a pie el ejército antes de la mitad del tránsito”³⁷.

El Ejército utilizó herraduras de doble clavazón para asegurar los recambios en sus mulas y caballos. Advertido por los arrieros de este detalle, San Martín había preparado los materiales con anticipación. Por ejemplo, en marzo de 1816 había encargado 50 quintales de hierro vizcaíno para las herraduras de campaña, previendo dos mil pares para caballos y cuatro mil pares para mulas, considerando dos clavos para cada una³⁸. Más adelante se encargaron nuevas cantidades, incluyendo 6.000 pares para los caballos y 14.000 para las mulas. En total se usaron “30.000 herraduras con doble clavazón y en el espacio de dos meses fueron forjadas, trabajando día y noche en los talleres de la fábrica

36 Miller, *Memorias del general*, p. 128; Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*, p. 149; Mitre, *Historia de San Martín*, p. 346; Rojas, *El santo de la espada*, p. 168.

37 Mitre, *Historia de San Martín*, p. 341.

38 Carta de San Martín al Secretario de Guerra, Mendoza, 30 de marzo de 1816. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo III, p. 202.

de armas de Buenos Aires y en los talleres de Mendoza³⁹. ¿Quién aportó a San Martín la información oportuna para atender este aspecto de la campaña?

La información provenía de los arrieros, poseedores de una amplia experiencia en esta tarea que era parte rutinaria de la práctica de su oficio. Al recorrer la ruta trasandina, era usual realizar dos cambios de herraduras, uno en Mendoza y otro en Uspallata⁴⁰. Tal labor implicaba un trabajo intensivo y muy preciso. Se requería tapar la cabeza de la mula con una manta y enlazar cada una de sus patas y manos⁴¹. Los arrieros disponían del dominio técnico suficiente para realizar estas tareas en forma rápida, lo cual fue un aporte relevante para la expedición.

La utilización de la mula en la cordillera tenía otros problemas que el arriero debía resolver: protegerla del frío, del soroche y del peligro de caer a los abismos. Los arrieros apelaron a todos sus recursos para cumplir su tarea. Frecuentemente frotaban ajos y cebollas en la nariz de los animales para atenuar el impacto del apunamiento. También se preocuparon de conducirlos por los caminos relativamente menos peligrosos para los animales. A pesar de todo, se perdió una parte importante de los animales. Solo llegaron a Chile 4.300 mulas y 500 caballos⁴², perdiéndose dos tercios de los caballos, cuidados por los soldados, y la mitad de las mulas, a cargo de los arrieros. Ello obligó a que varios grupos de militares debiesen marchar a pie por algunos trechos y que al arribar en Chile a la zona de Putaendo se iniciara el decomiso de cabalgaduras⁴³.

El uso de la mula de silla para trasladar la totalidad de las tropas (infantería y caballería) fue una innovación de San Martín, según la mirada experta del mayor de infantería y presidente del Instituto Belgraniano, Federico Gentiluomo. De acuerdo con este autor, "San Martín sabía perfectamente que el éxito de la infantería radica en la fortaleza de las piernas de sus hombres y en hacerlos llegar al combate en el mejor estado físico posible. En vista de ello resolvió montarla en mulas para la marcha. (Además también hizo) marchar a la caballería en mulas, a fin de conservar los caballos para el combate"⁴⁴. Desde la perspectiva militar, la innovación era adecuada para mejorar la eficacia de las

39 Mitre, *Historia de San Martín*, p. 341.

40 Quienes cruzaban por el paso de El Portillo-Piuquenes y cajón del Maipo, también hacían dos procesos de herraje, el primero en Mendoza y el segundo en Vista Flores (120 kilómetros al sudoeste). No nos consta documentalmente, pero es dable presumir que en Chile se efectuasen procesos similares en Santa Rosa de Los Andes y probablemente en la cumbre de la cordillera.

41 Barrera, Arturo. *Abajo volaban los cóndores*. Mendoza, Editorial Tindari, 2001, p. 56.

42 Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*, p. 150.

43 Guerrero Lira, Cristian. *1817. De Mendoza a Chacabuco*. Santiago, Ejército de Chile y Universidad Bernardo O'Higgins, 2016, pp. 105 y 152.

44 Gentiluomo, *San Martín y la provincia de Cuyo*, p. 195.

tropas en combate. Pero no se previó que este procedimiento generaría un serio problema para las tropas, puesto que ni la caballería ni la infantería tenían las competencias adecuadas para el manejo de estos animales. Con frecuencia se producían accidentes pues los soldados perdían el control del animal, caían al piso y se lesionaban. Además, se dañaban las armas, cuestión que representaba un problema sensible para el ejército. Si bien la historiografía tradicional ha omitido esta información para cuidar la imagen épica del Ejército de los Andes, en los informes de la época estos hechos fueron recogidos de modo fehaciente. Ramón Freire informó la lesión del soldado Antonio Rufino, del batallón N° 8, “de resultas de la caída de una mula”, de la cual quedó “inmovilizado”. No fue un caso aislado, sino un problema generalizado: “El mismo desastre hemos sufrido con varios individuos de otros cuerpos, aunque levemente por causa de lo poco manso de las mulas, sufriendo deterioro de armas, lo cual podía ser de alguna entidad en lo sucesivo”⁴⁵.

Los historiadores sanmartinianos se sienten incómodos en el tratamiento de estos temas. Sin embargo, se trata de una página humana de esta gesta, en la cual el papel del héroe no es exclusivo del militar, sino compartido con el civil: el arriero. Consideremos, además, que la mayoría de los soldados no eran profesionales, sino que simples e inexpertos reclutas.

Al menos en los prolegómenos de la campaña, los líderes políticos y militares comprendían la relevancia de los arrieros en la expedición, pero se resistían a reconocerlo; ello generó tensiones y conflictos que obstaculizaron la preparación de la campaña. Los recursos se asignaban preferentemente a los jefes y oficiales, mientras que los arrieros eran postergados. Así se reflejó en la correspondencia oficial. A comienzos de diciembre de 1816 el Director Pueyrredón escribió a San Martín: “No hay amigo mío dinero. Esto está agotado. Si los arrieros no se conforman a esperar, será preciso renunciar a Chile, porque en el día no se afrontan los \$ 30.000 pues para su medio flete, aunque me convierta en diablo”⁴⁶. Un mes más tarde, ante la reiteración del general, el Director Supremo insistió en su posición con argumentos parecidos: “¡Cómo ha de ser! ¡Que tengan paciencia los arrieros y que corran la suerte que nos toque!”⁴⁷.

Como muestra el documento, la conducción política se mantuvo dentro de los

45 Carta de Ramón Freire a San Martín, Luján de Cuyo, 15 de enero de 1817. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo III, p. 252.

46 Carta del Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón, a José de San Martín, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1816. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo IV, p. 546.

47 Carta del Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón, a José de San Martín, Buenos Aires, 2 de enero de 1817. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo IV, p. 554.

criterios de la época, en el sentido de priorizar las demandas que consideró más importantes y que coincidían con los intereses de las capas privilegiadas de la sociedad, postergando las reivindicaciones de los arrieros. A pesar de sus frustradas expectativas, estos realizaron su labor.

Los arrieros y la guerra de zapa: espías e inteligencia

El espionaje y el contraespionaje representaron parte importante de la acción militar de los dos bandos en pugna, y si los realistas introducían espías en Mendoza, los independentistas hacían lo propio en Chile. Este tipo de agentes llegaron a emprender operaciones directas, como las protagonizadas por Manuel Rodríguez en San Fernando y Melipilla o el atentado incendiario contra los depósitos de armas y pólvora en los cuarteles de Mendoza, ocurrido el 29 de agosto de 1816⁴⁸.

La comparación de las listas de nombres de espías al servicio del ejército -consignados en documentos, memorias y crónicas de la época-, con las elaboradas por la aduana respecto de los arrieros que servían las rutas comerciales en los años previos, ha resultado sorprendente pues entrega evidencia del papel protagónico que cupo a éstos en aquella red de inteligencia dedicada a confundir a los adversarios y derrotarlos antes de entrar en combate. Por otra parte, efectuar complementariamente la misma operación entre los registros aduaneros y las nóminas de arrieros elaboradas por Cubillos (1992) ha contribuido a consolidar los datos dispersos que ya estaban presente en las fuentes y textos anteriores, posibilitándose así entregar un perfil más definido de aquellos hasta ahora poco conocidos agentes.

Entre los arrieros que actuaban como líderes de la red de inteligencia y espionaje y que remitían sus informes directamente a San Martín estaba Justo Estay, integrante de una familia de arrieros con varias décadas de experiencia en el oficio. Tanto en las tablas de Cubillos⁴⁹ como en los registros en la aduana de Mendoza, los Estay figuran desde la década de 1780. En el periodo previo a la campaña libertadora, el general en jefe le confió a Estay varias y delicadas misiones de espionaje en Chile. Su conocimiento de los caminos andinos le facilitaba escurrirse de las guardias realistas y entrar y salir de Santiago con facilidad, llevando piezas de correspondencia ocultas en bombillas de mate, canillas de caballo y otros objetos cotidianos que, en caso de peligro, podían arrojarse al campo sin despertar sospechas. A pesar de estas medidas de pru-

48 Espejo, *El paso de los Andes*, pp. 410-411.

49 Cubillos, *Comercio y sociedad en los orígenes de la Villa*, p. 113.

dencia, varias veces fue sorprendido por los guardias realistas y sometido a interrogatorios. “Llegado a Chile, desempeñó su misión a satisfacción; llevado a la presencia de Marcó y examinado por éste, se vio algunas veces en apuros, de que se zafaba con viveza e inteligencia natural”⁵⁰. La figura de Justo Estay sirvió de estímulo e inspiración para otros arrieros que se animaron a participar activamente en la gesta independentista.

Otra familia de arrieros chilenos involucrada en el espionaje fue la de los Añasco. En las aduanas se registraron más de 150 viajes de los arrieros de esta familia, particularmente Manuel, José, Joaquín, Francisco y Tadeo⁵¹. Los Añasco se especializaron en el servicio regular de transporte entre Mendoza y Chile, según consta en el Manual de Cargo y Data. Tras el estallido de la guerra de la independencia, esta familia se sumó a las fuerzas revolucionarias desarrollando diversas funciones: Francisco figuró entre los espías más importantes que remitían directamente a San Martín⁵²; su hermana Águeda prestó servicios como espía desde Santiago y a pesar de haber sido descubierta por los realistas, encarcelada y torturada para que delatara la red de espionaje, ella guardó silencio. De ella Pueyrredón escribió: “La señora doña Águeda jamás quiso declarar nada, por más torturas y tormentos que recibía; murió, pero nada descubrió”⁵³.

Otro arriero involucrado en servicios de espionaje y contraespionaje fue Francisco Silva. Su nombre aparece en los relatos historiográficos con ciertas connotaciones oscuras y difusas, siendo presentado como un sujeto sin identidad ni historia; un *deus ex machina* que San Martín encontró por casualidad para confiarle tareas de alta relevancia. Lejos de ello, los Silva estaban profundamente arraigados en la cultura y el territorio como transportistas. Pedro, Bartolo, Anastasio, Antonio, José Manuel, Nazario y Francisco figuran recurrentemente tanto en las listas de Cubillos (1992) como en los libros de Cargo y Data. Francisco se destacó como uno de los más activos transportistas del corredor bioceánico entre el Atlántico y el Pacífico, existiendo 32 registros respecto de su persona; prestaba servicios entre Buenos Aires y Chile, con escala en Mendoza. Tropero y arriero a la vez, podía viajar al Río de la Plata con 30 carretas, y luego volver a Chile con decenas de mulas de carga. En total, un tercio de sus viajes eran entre Mendoza y Chile y los dos tercios restantes los realizaba en

50 Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*, p. 104.

51 Tadeo Añasco, arriero recurrente en la ruta entre Chile y Mendoza, celebró contratos de arrendamiento de campos para el engorde de ganado que trasladaba a Chile. *Causa que sigue el albacea del capitán Tadeo Añasco, sobre cobranza de pesos iniciada el 1 de agosto de 1804 contra don Miguel Prado*. Archivo Nacional, Santiago de Chile, Real Audiencia, volumen 1269, pieza 4.º, microficha 07/08.

52 Ornstein, “La guerra terrestre y la acción continental”, p. 45.

53 Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*, p. 99.

la ruta Mendoza-Buenos Aires. Pocos transportistas se podían comparar con él en experiencia y conocimientos del terreno y de los paisajes culturales de esa parte del Cono Sur. Francisco Silva conocía todas las ciudades, villas y pueblos de la frontera sur del imperio español en América; tenía trato con sus colegas y también con los maestros de posta, taberneros y pulperas que atendían sus negocios a lo largo de toda la ruta, desde el Río de la Plata al Valle Central. Esos conocimientos lo convirtieron en el candidato ideal para desempeñar los servicios que requería la guerra de zapa. Paradójicamente, la mayor parte de la literatura especializada ha omitido su papel en este proceso. La excepción es Barros Arana quien, si bien lo incluyó en su texto, lo hizo de un modo marginal.

“En marzo de 1816 San Martín tenía procesado a Francisco Silva, un individuo oscuro a quien había enviado a Chile a distribuir algunas cartas y que allí se había comprometido a conducir a Mendoza correspondencia de los realistas, desempeñando así el oficio de espía doble”⁵⁴.

El procesamiento y detención de los espías dobles era una práctica habitual en San Martín, tal como ocurrió con el caso de Pedro Vargas. Era la forma de confundir a sus adversarios y otorgar indirectamente legitimidad a los informes falsos que necesitaba hacer llegar a manos de los realistas. Si bien las leyes vigentes establecían pena de muerte para los espías, San Martín no la aplicó en estos dos casos y tanto Vargas como Silva quedaron incluidos, entonces, en el sistema de contrainteligencia.

El oficio de arriero era una garantía de que el eventual espía contaba con los conocimientos necesarios para realizar las tareas requeridas, porque dominaba las rutas trasandinas. Podía recorrer la cordillera con aspecto de simple baqueano sin despertar sospechas. San Martín se apoyó en estos arrieros-espías para tener informantes permanentes que circularon por los pasos Planchón, Las Damas, Aconcagua y Portillo-Piuquenes. A través de estas redes de inteligencia, el Ejército de los Andes contaba con información actualizada de los movimientos de las tropas realistas al otro lado de la cordillera. En algunos casos, como los arrieros eran analfabetos, entregaban sus mensajes verbalmente a espías letrados para que los éstos los escribieran y remitieran a la jefatura. Así lo hacía, por ejemplo, el arriero Toribio Tapia, quien enviaba sus mensajes desde Talca al cuartel general⁵⁵.

54 Barros Arana, *Historia general de Chile*. Tomo X, p. 333.

55 Carta de Miguel Moya a Santiago Fernández, Talca, 15 de febrero de 1818. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo III, p. 145-146.

El riesgo era alto porque las guardias realistas estaban atentas a estos movimientos: todos eran sospechosos de espionaje y los realistas estaban también atentos: “a un arriero Bamonde, de Aconcagua, se busca con requisitorias muy empeñadas. Ignoro el motivo. Ya lo sé si está en esa Ortiz Basualdo”⁵⁶. Otro, Ignacio Izquierdo, fue detenido y acusado de contrabando fue encerrado en el cuartel de los Talaveras⁵⁷. Muchos arrieros más fueron atrapados y castigados por su participación en estas peligrosas tareas.

Ante la intensidad de los arrieros-espías que circulaban por la cordillera llevando y trayendo noticias, Marcó del Pont, el gobernador realista, optó por clausurar los caminos con barreras físicas para cerrar los pasos y neutralizar la acción de la red invisible de inteligencia activada por los arrieros. Así lo informó Manuel Rodríguez a San Martín: “Todos los caminos se fosean y derrumban: están los de Planchón, Damas, Cauquenes, Aconcagua”⁵⁸.

Sin embargo, esas medidas no tuvieron el efecto esperado. La información circuló entre ambas faldas de los Andes sin sufrir interrupciones, y así el Ejército de los Andes tuvo una ventaja decisiva al conocer con anticipación las posiciones adversarias, la distribución de sus fuerzas, el estado de ánimo de las mismas, su grado de compromiso, la composición de sus cuadros de oficiales y varios aspectos más, tales como si recibían sus prests (pagos) y su proclividad para cambiar de bando. En los primeros días de febrero de 1817 tuvo particular relevancia el poder disponer de datos precisos sobre la localización de las tropas realistas. Conocida su distribución en distintas regiones de Chile, San Martín aceleró la marcha, reagrupó sus fuerzas velozmente en Curimón y adelantó las maniobras para librar la batalla de Chacabuco con ventaja decisiva sobre sus adversarios. Esta información le fue proporcionada, precisamente, por el arriero Justo Estay.

El papel decisivo de la guerra de zapa ha sido reconocido por la bibliografía especializada. “San Martín había minado la opinión civil de Chile por medio de agentes secretos; había desarticulado el frente enemigo con falsas noticias sobre los posibles puntos de ataque, hacienda de Marcó, jefe realista, una ingeniosa guerra de zapa que lo desbarató moral y materialmente”⁵⁹. Es fue el

56 Carta de Manuel Rodríguez a San Martín, 8 de noviembre de 1816. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo III, p. 144.

57 Carta de Antonio a Buenaventura Colanqui, 30 de abril de 1816. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo III, p. 117.

58 Carta de Manuel Rodríguez a San Martín, 25 de marzo de 1816. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo III, p. 92.

59 Rojas, *El santo de la espada*, p. 164.

resultado de las acciones realizadas, en buena medida, por la invisible red de comunicaciones de los arrieros.

Abandono y olvido de los arrieros

Después del cruce de los Andes y de la batalla de Chacabuco, los protagonistas de la exitosa campaña esperaban recibir el reconocimiento y los premios prometidos por los jefes, especialmente considerando que habían ido mucho más allá de lo esperado y convenido originalmente. No obstante ello, apenas terminada la batalla y ocupada la ciudad de Santiago, comenzó un proceso de exclusión y preterición de los arrieros.

En una visión general, resulta notable la brecha entre la relevancia de la acción de los arrieros y su visibilidad coetánea y también historiográfica. Después de Chacabuco, las autoridades confeccionaron cuidadosas listas de jefes y oficiales para otorgarles medallas, honores y reconocimientos. En cambio, a los arrieros, se les mantuvo en la sombra. San Martín se limitó a autorizar la entrega de pasaportes a los arrieros cuyanos para que pudieran regresar a Mendoza⁶⁰. La actitud de abandono se mantuvo durante largo tiempo.

En el lapso transcurrido entre las batallas de Chacabuco y Maipú, los arrieros vivieron una situación marcada por la ambigüedad: el ejército independentista constantemente les exigía trabajos y servicios, pero les brindaba escasa atención y abastecimientos. Una de sus acciones más relevantes se produjo durante el éxodo penquista (enero de 1818), proceso que implicó que alrededor de 50.000 pobladores de la ciudad de Concepción abandonaron sus casas y tierras y se desplazaron 50 leguas hacia el norte, traspasando el río Maule, para dejar tierra arrasada y privar de recursos a los realistas⁶¹. Fue un proceso dramático y doloroso que incluyó el desplazamiento de ancianos, niños, mujeres y más de 50 soldados heridos⁶². En esta epopeya también fue necesario el manejo experto de los arrieros para conducir animales pues, junto con la población civil, se trasladaron 50.000 cabezas de ganado, casi los únicos bienes que se podían transportar. El manejo de los bovinos en un ambiente general de tristeza frente a los campos quemados y el miedo al ataque de los realistas,

60 Carta de San Martín al Delegado interino de Aconcagua, en respuesta a nota del 14 de febrero de 1817. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo III, p. 437.

61 Mitre, *Historia de San Martín*, p. 452; Olazábal, *Episodios de la guerra*, pp. 18-19; Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*, pp. 238-239; Rojas, *El santo de la espada*, p. 201; Ornstein, "La guerra terrestre y la acción continental", p. 111; León, Leonardo. "La otra guerra de la Independencia, el éxodo patriota de Penco, 1817-1818". *Estudios Coloniales*, N° 4, 2005, pp. 251-297.

62 Barros Arana, *Historia general de Chile*, Tomo XI, pp. 326-327.

signó estas jornadas de tensión e incertidumbre. La asistencia experta de los arrieros contribuyó a confortar a los desgraciados penquistas que, al menos, pudieron salvar a sus ganados en aquella catástrofe.

A pesar de los servicios y la relevancia de los arrieros, los jefes mantuvieron su actitud de marginación y minimización hacia estos grupos. Ello generó que los arrieros perdieron interés y adoptaron actitudes renuentes ante las órdenes de los superiores. Cuando el ambiente triunfal se vio opacado por la derrota en Cancha Rayada (marzo de 1818), los mandos volvieron a necesitar de la ayuda de los arrieros para reagrupar a las tropas dispersas y prepararlas para la decisiva batalla de Maipú. Entonces se hizo visible el malestar y la frustración de los arrieros. El 25 de marzo, el entonces coronel Las Heras vivió momentos de zozobra en Rancagua, al encontrarse sin el apoyo de los transportistas. En efecto, en su afán de reagrupar las columnas de soldados, se encontró que sus órdenes no se podían ejecutar por la ausencia de los prestadores de servicios: "Los arrieros habían desertado, llevándose todas las mulas y por esta razón se había visto obligado a quemar tabacos"⁶³. Unos días después, la victoria de Maipú logró resolver la dimensión militar de la campaña. Pero la situación de los arrieros no mejoró.

Al año siguiente se registraron en nuevos documentos las pruebas de desconsideración hacia los arrieros. "Se mantienen detenidos una porción de arrieros a quienes ni el Estado ni yo hemos suministrado cosa alguna: sus clamores para que se les conceda el retirarse son tan grandes como los prejuicios que se le ocasionan con la demora"⁶⁴. La minusvaloración fue una actitud generalizada hacia ellos, incluyendo a su figura más relevante, Justo Estay. "El General le asignó una pensión que después nadie la pagó y lo condecoró con la Legión. Vivía aún antes del terremoto de Mendoza (1861), olvidado como todos los hombres que han servicio a la patria"⁶⁵. Su suerte fue, en realidad, un símbolo de un proceso mayor, extendido a otros actores subalternos que tuvieron papeles fundamentales durante las campañas libertadoras, pero que fueron rápidamente excluidos de los mecanismos de reconocimiento, prestigio y valoración.

63 "Relación de la Campaña de Cancha Rayada hasta la reorganización del Ejército patriota. Informe elevado por el general Juan Gregorio de Las Heras", Santiago, 15 de mayo de 1883. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo IV, p. 18.

64 Carta de Balcarce a San Martín, Curimón, 19 de abril de 1819. *Documentos del Archivo de San Martín*. Tomo VI, pp. 85-86.

65 Pueyrredón, *Memorias inéditas del coronel*, p. 104.

CONCLUSIONES

La hipótesis de la red de inteligencia subyacente, formada por arrieros y otros sujetos populares propuesta por Carlos Mayo (2000), ha resultado de utilidad para comprender con mayor claridad el papel que cupo a estos actores subalternos en el proceso de la independencia. Tal como el mismo San Martín lo reconoció en 1814, debido a su larga estadía en Europa, no conocía ni el país, ni la cordillera ni las personas. En la campaña de 1817 esto fue compensado con el aporte de los grupos que sí los tenían, particularmente los arrieros. Más que un genio extraordinario, como sostenía Mitre (1887), el principal talento de San Martín fue saber escuchar y dejarse aconsejar y guiar por quienes efectivamente contaban con las competencias adecuadas para trazar rutas, conducir personas, cargas y animales en largas distancias, además de manejar las comunicaciones y las redes de circulación de información.

Los arrieros desplegaron sus capacidades antes y durante la campaña del Ejército de los Andes, a través de tres acciones fundamentales.

En primer lugar, aportaron sus detallados conocimientos sobre las rutas trandinas para la elaboración de la planificación detallada de la expedición, específicamente en la definición de las vías de invasión y la consecuente confección de los mapas y croquis. Fueron la primera fuente para que los ingenieros pudieran concretar las cartas utilizadas por la expedición, las que fungieron como piedras angulares para el diseño de una operación militar que se extendió por un frente de mil kilómetros con una profundidad de 100 leguas a través de una cordillera imponente y desconocida para los jefes militares.

En segundo término, debe destacarse la asistencia técnica y práctica que proporcionaron a las tropas durante el viaje. En las tres semanas que demandó la marcha del ejército, los arrieros no solo fueron guías de los grupos de militares, sino que también se ocuparon de cuidar a las mulas, herrarlas y conducir las por los peligrosos caminos de alta montaña. A ello se sumaba, como hemos visto, el apoyo a los soldados en el manejo de las cabalgaduras mulares.

Por último, su acción en el servicio de inteligencia fue otro factor decisivo para el éxito de la campaña. Sus redes de transportes y comunicaciones a través de la cordillera de los Andes, articulada con pulperas y taberneros a ambos lados de las montañas, permitió montar rápidamente un entramado eficaz de espionaje y contraespionaje. Su capacidad para obtener información precisa y para confundir a las autoridades realistas, determinó en parte importante el resultado de la batalla de Chacabuco antes de que ésta se iniciara: la guerra de zapa

que protagonizaban y el servicio secreto que conformaban, determinó que en el momento crítico se llegara al campo de batalla con casi la totalidad de las fuerzas independentistas para enfrentar a un tercio de las tropas realistas.

La revisión crítica de las fuentes disponibles ha permitido enriquecer y complejizar la interpretación de la campaña libertadora del Ejército de los Andes. Sobre todo, ha sido posible ampliar el foco que tradicionalmente estuvo puesto en los grandes líderes militares y políticos. Desde este nuevo ángulo se ha podido constatar la importancia del papel desempeñado por un sujeto histórico de escasa visibilidad, pero de notable eficacia como protagonista de la historia.

FUENTES

- Archivo Nacional. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Santiago, Tomo VII, 1950.
- Comisión Nacional del Centenario y Museo Mitre. *Documentos del Archivo de San Martín (1910-1911)*. Buenos Aires, 12 volúmenes.
- Espejo, Jerónimo. *El paso de los Andes*. Buenos Aires, Imprenta y Librería Mayo, 1882.
- Miller, John. *Memorias del general Guillermo Miller*. Buenos Aires, Editorial Emecé, 1997.
- Olazábal, Manuel. *Episodios de la guerra de la Independencia*. Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1978.
- Pueyrredón, Manuel A. *Memorias inéditas del coronel Manuel A. Pueyrredón*. Buenos Aires, Editorial Kraft, 1947.

BIBLIOGRAFÍA

- Almirante, José. *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico*. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1869.
- Barrera, Arturo. *Abajo volaban los cóndores*. Mendoza, Editorial Tindari, 2001.
- Barros Arana, Diego. *Historia General de Chile*. Santiago, Rafael Jover Editor, Tomo X, 1899; Tomo XI, 1890.
- Bourdieu, Pierre. "Los ritos como actos de institución". Pitt-Rivers, Julian y Peristiany, John Georges (eds.). *Honor y gracia*. Madrid, Alianza, 1993, pp. 111-123.
- Bragoni, Beatriz. "Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución". Fradkin, Raúl (ed.). *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. 107-150.
- Contreras Cruces, Hugo. "Con promesas de libertad. El enrolamiento de esclavos en la guerra de independencia del Perú, 1820-1825". *Estudios*

Atacameños, N° 63, 2016, pp. 131-146.

Contreras Cruces, Hugo. "Artesanos mulatos y soldados beneméritos. El Batallón de Infantes de la Patria en la Guerra de la Independencia de Chile, 1795-1820". *Historia*. Vol. 44, N° 1, 2011, pp. 51-89.

Cubillos, Adela. *Comercio y sociedad en los orígenes de la Villa Santa Rosa de Los Andes. 1785-1824*. Los Andes, Junta de Adelanto de Los Andes, 1992.

Gentiluomo, Federico. *San Martín y la provincia de Cuyo. Precursores de la nación en armas*. Tucumán, Editorial La Raza, 1950.

Grez Toso, Sergio. "Bicentenario en Chile. La celebración de una laboriosa construcción política". *Historia y Comunicación Social*, N°16, 2011, pp. 69-86.

Guerrero Lira, Cristián. *La contrarrevolución de la independencia en Chile*. Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002.

Guerrero Lira, Cristián. *1817. De Mendoza a Chacabuco*. Santiago. Ejército de Chile, Corporación Conservación y Difusión del Patrimonio Histórico y Militar y Universidad Bernardo O'Higgins, 2016.

Guzmán, Florencia. "Afroargentinos, guerra y política, durante las primeras décadas del siglo XIX. Una aproximación hacia una historia social de la revolución". *Estudios Históricos*, N° 11, 2013, pp. 1-24.

Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.). *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2002

Lacoste, Pablo. "El arriero trasandino y el transporte terrestre en el Cono Sur (Mendoza, 1780-1800)". *Revista de Indias*, Vol. 68, N° 244, 2008, pp. 35-68.

Lacoste, Pablo; Aranda, Marcela; Matamala, Jorge; Premat, Estela; Quinteros, Katherine; Soto, Natalia; Gaete, Jocelyn; Rivas, Javier y Solar, Mario. "Pisada de la uva y lagar tradicional en Chile y Argentina (1550-1850)". *Atenea*, N° 502, 2011, pp. 39-81.

León, Leonardo. "Reclutas forzados y desertores de la Patria: el bajo pueblo chilena en la Guerra de la Independencia, 1810-1814". *Historia*, N° 35,

2002, pp. 31-63.

León, Leonardo. "La otra guerra de la Independencia: el éxodo patriota de Pen-co, 1817-1818". *Estudios Coloniales*, N° 4, 2005, pp. 251-297.

Mallo, Silvia y Telesca, Ignacio (eds.). *Negros de la patria. Los afrodescendientes en las luchas por la independencia en el antiguo virreinato del Río de la Plata*. Buenos Aires, Editorial SB, 2010.

Mayo, Carlos. *Pulperos y pulperías en Buenos Aires, 1740-1830*. Buenos Aires, Biblos, 2000.

Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación Sudamericana*. Buenos Aires, Peuser, 1950.

Ornstein, Leopoldo. "La guerra terrestre y la acción continental de la revolución argentina. San Martín y la independencia de Chile. Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú". Levene, Ricardo (dir.). *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, El Ateneo, 1948, pp. 25-136.

Otero, José Pacífico. *Historia del libertador don José de San Martín*. Buenos Aires, Editorial Sopena, 1949.

Pinto Vallejos, Julio y Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*. Santiago, Lom Ediciones, 2009.

Rojas, Ricardo. *El Santo de la Espada*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1949.

Valdés Urrutia, Mario. "La desertión en el ejército patriota durante la guerra de Independencia de Chile: 1813-1818. Notas para su comprensión". *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 164, 1998, pp. 103-126.

Vilariño, Martín. "Reactualizando alianzas al pie de la Cordillera de los Andes: el parlamento de 1816 entre pehuenches y patriotas". *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, N° 28 (1), 2020, pp. 74-91.

Recibido el 4 de marzo de 2021. Aceptado el 17 de agosto de 2021.